

tadora, con traje color de rosa, estrellado de brillantes el negro cabello, perlas en el cuello y en el prudente escote, la cintura gentilísima, de estéril á quien la maternidad no puede deformar, ceñida por cinturón de largas caídas; los dedos de sus manos no se veían, y no ciertamente por falta de luz, sino por los anillos riquísimos que en ellos se ensartaban casi hasta la raíz de las uñas, manos de ídolo que se pliegan y ofrecen inmóviles á la adoración de los fieles. Entró como niña que vuelve del colegio y causa una revolución por donde pasa, vivamente, alegre, expansiva... ¿Qué tal? mil perdones por el plantón, ¿eh? las mujeres nunca acaban de prenderse. ¿Y Federico? ¡tan pachorrudo siempre! el criado, ¿dónde se metía?

Apoyó el reluciente dedo en el timbre y se volvía á los caballeros sonriendo, coqueta que saborea el placer de sentirse admirada y deseada. Los cuatro, de pie, se inclinaban corteses, más profundamente que ninguno D. Gustavo, y las frases de ritual salían de

los labios y no llegaban á los oídos, indiferentes; lo que sí llegó fué el rumor de las patadas de D. Federico, que se presentó antes que el criado, y á él dirigióse Adelaida, diciéndole mimosa:

—Anda, rico, que sirvan la comida, ¿eh? ya es tarde, y estos amigos se mueren de hambre.

Le dió con el abanico un golpecito cariñoso en el hombro, y mientras D. Federico transmitía la orden al guardián de la antesala, se entretuvo con D. Valentín y Gabinito sin hacer caso de Rómulo. D. Gustavo había reanudado el diálogo con su copa, y sin duda repetía para su *smoking*:

—¡Mujer perversa!

—Los señores están servidos—anunció el correcto maestresala de patillas blancas.

—¡Santa palabra!—exclamó Adelaida,—deme usted el brazo, Casusito, y rompamos filas.

Antes hubo que admirar el vargueño que D. Federico se empeñaba en enseñarles, corta estación que abrevió Adelaida arras-



trando á D. Valentín en dirección al comedor, y detrás de ellos fueron los demás, ocupando los asientos que una cartulina designaba delante de cada cubierto, y viniendo á quedar D. Valentín y Gabinito á la diestra é izquierda de la dueña de casa, respectivamente, el rojo *Camarón* á la derecha de D. Federico, y al siniestro lado Rómulo...

El comedor deslumbraba, de luz y de riqueza expuesta: en las paredes y aparadores, las porcelanas y la plata labrada; sobre la mesa, el mantel con ancho entredós de encaje; la jardinera cuajada de orquídeas, los soberbios candelabros, la pintada vajilla de Viena, la cristalería de Bohemia y el famoso servicio de oro puro, acerca del que corrían muchas anécdotas, falsas ó verdicas: convidados sorprendidos en el momento de deslizar una cucharilla en el bolsillo del frac; tenedores pescados dentro de los gabanes ó sorprendidos por enseñar los dientes fuera del escondite, con lances variados de kleptomaníacos, unos anónimos, conocidos otros, y señalados de boca en boca.

Servían los mozos, como sombras ó espíritus sumisos. Las preciosas minutas de colores indicaban los platos en francés: el *potage à la flamande*, el *poisson à la maréchale*, las *bouchées à la reine*... desfile apetitoso de manjares que la hartura general desdeñaba, y al que sólo D. Valentín hacía los merecidos honores, sin despreciar á ninguno, siempre con la exquisita finura que era la mejor de sus cualidades. Comían poco, pero bebían mucho, mucho, especialmente el *Camarón* y Gabinito, festejando más los vinos que los platos; y á medida que avanzaba el servicio, aumentaba la animación, la sangre se agolpaba á las cabezas, y las lenguas de la frívola charla pasaban á la crítica menuda y aventurábanse luego en el vedado terreno de la crónica escandalosa.

Adelaida, con chispas en los ojos, que cegaban tanto como la pedrería que la adornaba, se reía, ¡Jesús! cómo se reía hostigando la maledicencia, provocando la indiscreción de los caballeros, complacién-



dose en los detalles perversos. Nada de palabras embozadas, ¿eh? fuera los velos, las circunlocuciones, los disfraces pudorosos; clarito, para que se entienda: no había niñas en la mesa que se ruborizaran. Y Gabinito, que en la pornografía era maestro y gustaba de llevar siempre la voz cantante, apuraba el tema á satisfacción general, y así andaba la conversación en cueros, sin que el mismo D. Federico, hecho ya á que la libertad reinara en su casa, tratase de cubrirla, ni D. Gustavo tampoco, deslenguado impenitente, más cuidadoso de su copa que del decoro.

Cuando presentaron los mozos una fuente que señalaba la minuta con el título de *caronade de dindon à l'imperiale*, el coro de convidados cantó un hosana unánime. ¡Ahí es nada, *moco de pavo á lo imperial!* ni las legendarias lenguas de ruiseñor del romano podrían competir con tan extraño y costoso plato. Y se hicieron equívocos picantes, la vergüenza perdió los estribos, y sobre la triunfal Adelaida se clavaron las

flechas de la concupiscencia; ella, valientemente, rechazaba el asedio, terrible del lado de Gabinito, á quien alentaba la actitud indiferente de Rómulo y diera todos los platos del banquete por aquel jamón ahumado tan suculento.

Llegó la hora del champaña, hora psicológica, y ya pocos sabían lo que se decían; D. Gustavo recostaba la cabeza en el respaldo de su silla, porque le pesaba más que todo el cuerpo; Gabinito daba pruebas á su vecina de tener más larga la mano que la lengua, y el mesurado D. Valentín, con la mezcla de vinos, á pesar de su parquedad, sentía escapársele las riendas de su buen juicio; los demás, Schlingen y su mujer por hábito, pues apenas cataban nada, y Rómulo por estudio, aparecían serenos y aplomados.

—Los postres, Casusito—dijo Adelaida;—sé que es usted un goloso, y he mandado reforzar la colección.

Pareció interminable la tal colección de melindres y caramelos, y aburrió el paso de



frutas de toda laya, naturales ó en composta. Ansiaban los cuerpos cambiar de postura, estirarse, respirar otra atmósfera.

Y al cabo dió Adelaida la señal levantándose, enlazando su brazo al del compañero de la derecha, y yendo con él hacia el fumadero, donde se tomaría el café y los licorres y jugarían luego los que quisieran, y al fumadero fueron todos mal que bien, el *Camaron* entre dos criados, que solo no podían dar un paso. Iba Rómulo á entrar y Adelaida le detuvo.

—Oiga usted, doctor Pares...

Schlingen, que seguía detrás, abrió camino á la pareja, que del fumadero dirigióse al saloncito inmediato, y en el empaque de ambos, tan manifiesto y poco disimulado, comprendió que había sonado la hora de las explicaciones, la del trueno gordo, y experimentó una emoción... ¡Oh marido dichoso! ¿á qué podría compararse en el mundo el momento aquel de recibir á la pródiga, abriéndola los brazos del perdón? ¡feliz mil veces D. Federico!

—Oiga usted, doctor Pares—dijo Adelaida apretados los dientes y temblorosa.

Rómulo se dejó llevar al saloncito y se instaló en una butaca, frente á ella, como en un banquillo.

—Ante todo y sobre todo, nada de escándalos—dijo con voz firme, pero apagada;—si chillas me levanto, me marchó. En el Casino te temía, en tu casa no me asustas.

—¿Chillar yo? ¿yo escandalizar?—contestó la dama en el mismo tono;—¿y por quién? ¡por un trasto como tú! Si eres un perdido, no soy yo una verdulera y sé lo que me debo y lo que te mereces.

—Abreviemos: ¿qué quieres?

—Quiero que me digas si es verdad eso de Ernestina Asnabal.

—Es verdad.

—¿Va en serio?

—En serio.

Sintió Adelaida como si la dieran una bofetada, y sus manos se alzaron airadas y volvieron á caer inertes sobre la falda.



—¿Cuándo, cómo...? ¿bromeas ó dices verdad?

—¿Cuándo? hace pocos días. ¡Cómo! ¿qué te importa?

—¿A mí? nada; es simplemente para deducir los grados de certeza que debo conceder á tu declaración.

—Toda la certeza de la verdad pura y sin ambages. Me caso con Ernestina, ¿lo entiendes? Me caso, y con esto te comunico que entre tú y yo no hay ya nada de lo dicho: tú por tu lado y yo por el mío, tan contentos.

—¡Eres grosero como un lacayo! Dueño eres de hacer lo que te parezca, pero en la forma del procedimiento se conoce á los caballeros. Tú, de caballero no tienes más que la facha... ¿Crees que soy yo un trapo que se recoge y se arroja cuando se quiere?

—Nada tengo que discutir ni nada más que declarar. Me preguntas, contesto derecho, y paz entre ambos. Todo acaba, y estas cosas con mayor razón. Bastante han durado. No habían de durar hasta el día del

juicio, y tiempo era ya de restablecer la normalidad en tu matrimonio. Si no te acomoda, lo siento; desahógate, insúltame; pero ten entendido que esta vez no será como la otra: tu dominio sobre mí no existe ya; soy un emancipado, un hombre libre.

Las deslumbradoras manos de Adelaida se alzaron de nuevo y volvieron á caer sobre la falda rosa. Tanta audacia, tanto despegó, la irritaban de tal modo que para reprimirse necesitaba de toda su fuerza de voluntad. Rómulo, tranquilo, desdeñoso, cruzado de piernas, la miraba burlón. Lo definitivo, lo irremediable les separaba, y ella lo sentía en el fondo del alma orgullosa. Amor sensual el suyo, sólo á la carne hería el rompimiento; pero, ¡qué herida ésta más profunda y sangrienta!

—Mira—dijo lentamente,— al conocer tu traición por boca de buenos amigos, me enfurecí, lo confieso, y me dispuse, como la vez que acabas de recordar, á hacértela pagar cara y desbaratarla; pero ahora que te escucho, que te tengo cerca, que me hablas



sin rebozo y te veo al través de tu franqueza como bicho repugnante al través del microscopio, y tu grosería, tu falta de sentimientos y de vergüenza, tu vanidad hereditaria, aparecen con pelos y señales inconfundibles... ahora, te desprecio, simplemente. Observa que yo también estoy tranquila, como tú, que no me importa de que te cases ó de que revientes. Lo que deseaba saber de fijo, lo sé; pues asunto concluído. ¡Creías, y quizá lo deseabas, vano y estúpido como eres, que iba yo á chillar, á arrancarime los pelos, á desmayarme, á perder la razón, por ti! El hombre único, incomparable, el buen mozo sin rival... Pues no, ¡infeliz! yo también pienso que esto ha durado demasiado; ¡no sé cómo he podido aguantar tanto tiempo á un imbécil de tu calaña! Y si tú tomas el portante, yo tomo el pendingue y te contesto: ¡que te alivies, y abur!

—Prefiero que salgas por ese registro — respondió Rómulo menos aplomado que antes — y no por lo trágico.

—No lo prefieres — insistió Adelaida garrando terreno y creciéndose, — ¿qué has de preferirlo? Lo otro, el estallido de los celos, las lágrimas inconsolables, los ruegos al ingrato que se aleja y sin el cual no se puede vivir... pero, ¡ay, desgraciado!, te llevas chasco; ¡á mí con esas! ¡vete bendito de Dios! Te desprecio, te tengo lástima.

—Bueno; hemos concluído.

—Espera, siéntate; ¿qué prisa tienes? ¿te aguarda la Ernestinita con sus pinturas y sus mimos? Pues que aguarde que yo te extiende los pasaportes en toda regla. Falta refrendarlos aún, señor mío... ¡falta el sello, que quiero estamparte en la cara! Es raro lo que me pasa. ¿Qué digo estos días pasados? ¿qué digo hoy? esta tarde, esta noche misma en la mesa, ahora, cuando te obligué á acompañarme hasta aquí, dispuesta estaba á la escenita vulgar de celos, y desesperarme y darte gusto con mis reproches, acaso con mis violencias; y de pronto, ¡qué vuelco! ¡la calma, la luz que reina y se hace dentro de mí! ¡Es raro! Y es



que tu juego escénico me da risa. Apuntabas á lo sublime y has puesto el tiro en lo ridículo, como sucede á todos los tontos. Porque resulta cómico realmente, un Pares de tantas campanillas, desperdigado gandul, sin oficio ni beneficio, que ha andado por las cuatro esquinas viendo de negociar con su apellido, subido en el tejado para cantar victoria, ¡y qué victoria! la de haber encontrado hueco en el casillero social á fuerza de bajezas y después de rastrearlo como perro hambriento. ¡Gracias á Dios, hombre! al fin tendrás quien te dé de comer, quien te vista y te pague los vicios, porque serás de estos yernos á los que hay que dar desde los calzoncillos hasta la corbata, y papá Asnabal habrá de tentarse los bolsillos; al fin descansarán tus hermanitos, es decir, las mujeres ricas de tus hermanitos, que éstos hicieron lo que tú, buscar quien les mantuviera. Lo malo, ¡mira qué contra tiempo!, lo malo es que te llega tarde la brèva: estás muy gastado, hijo; tienes treinta años, lo sé, pero como si contaras

cincuenta; la vida al galope que has llevado te imposibilita, ó poco menos, para los trotes matrimoniales; convéncete, no te forjes ilusiones, caritativamente te lo advierto, á ver si Ernestinita se llama á engaño y te pone de reemplazo, que es á lo que estás predestinado, ¡oh Pares sin par! Luego, otra cosa que me parece caso de conciencia: ¿cómo andamos de limpieza de sangre? mal, muy mal; aún se te nota en lo pitañoso de los ojos los rastros aquellos... ¿te atreverás? ¿tendrás valor? ¡una muchacha sana y pura! óyeme: harás bien en no tomar baños; el agua salada revuelve los humores, y si te los saca fuera, si te sale á la superficie toda la podre que tienes dentro...

Rómulo, súbitamente, se levantó y la cogió furioso por la muñeca.

—¡Cállate ó te aplasto, víbora!—dijo, estrujándosela,—¿crees que puedo escuchar en silencio los desahogos de tu despecho?

—¡Suéltame ó llamo!—dijo Adelaida sin inmutarse;—el escándalo, si lo das tú y en mi casa, ¿á quién dañará? olvídate de mira-



mientos y de todo, y mi triunfo será mayor: correrá la voz y lo sabrá Ernestina, ¡tu Ernestina!, que ignora la pobrecita la clase de marido que se ha comprado y ha pagado tan caro. ¿Qué sucederá cuando lo sepa? ¡figúrate! se te estropeará el negocio, quizá lo darás por perdido después de tantas fatigas y sudores. ¡Ah! te sientas de nuevo... ¡me alegro! si no tienes más remedio que escucharme y en silencio, contrito, humillado, porque te consta que digo verdad, soy en este momento la voz de tu conciencia, á la que en vano quieres ahogar. Decía... ¿qué decía yo, señor?... Me has apretado tan fuerte, que me duele la muñeca, ¡mira la señal! eres un bárbaro... Decía... ¡ah! sí, que si muestras lo podrido de tu cuerpo, que es tanto, y me quedo corta, como tu alma, la novia, á la que hago el honor de considerarla moralmente pura, según has podido comprobar... No, no te exaltes, que estas señoritas que todo lo han leído, visto y oído, y además han estado en París, donde el vicio se exhibe en todas

partes, me inspiran poca confianza... La novia, repito, sentirá, al verte acercar, la misma repugnancia que una rosa blanca al hollar sus pétalos un bicho. Te conviene, pues, ante todo, cuidar de tu salud, para que, si no te curas radicalmente, siquiera no asome la antigua enfermedad en manchas, rojeces ó granos, que afearán la masculina belleza de que te envaneces, y consigas ocultarla tan bien como la villanía de tu alma, que si no eres un caballero, al menos lo pareces. Y así disfrazado, tal vez, lo dudo, mas pudiera ser, tal vez Ernestinita se convenza, ¡son tan bobas las solteras!, que tiene, en efecto, marido, y marido completo. Por todo lo cual, hijo mío, amigo queridísimo, habré de felicitarles á los dos y felicitarme á mí misma: á ti, por lo que te espera con ella, y bien merecido tendrás; á ella, por lo que la espera contigo, y no se lo habrá ganado la pobre; á mí, porque me veo libre de tí. El que sale perdiendo es papá Asnabal; trabajo le mando con el yerno que va á echarse: ¡sus mu-



gidos han de oirse en toda la redondez de la Pampa!

—¡Adelaida, basta ya!—exclamó Rómulo, colérico,—no me ciegues, no me impulses á un disparate; ¿qué te propones? tus palabras ¿son pueril desahogo ó encubren la trama de una venganza, que comenzaría por obligarme á cometer algún acto que me comprometiera, no sé cuál, algo imprudente, estúpido, acosado en mi amor propio?

Miróle fríamente la dama. Y se rió, con burlonas carcajadas.

—¡Mi venganza!—dijo—sí, hoy por hoy no es otra que ésta: dejar que te cases..., y reirme de ti. ¡Después..., sabe el diablo lo que haré! pero, algo haré, muy sonado, temprano ó tarde, no lo dudes. Quisiera yo impedir tu matrimonio, y lo impediría, ¡bah! reina soy en la sociedad, mi cetro de oro todos le reverencian; de mí se murmura, se dice, se cuenta; pero como sé envolverme en el manto de las apariencias, se me respeta y se me teme; luego, ¡infeliz!, si yo quisiera..., pero no quiero, al contrario, por

efecto de ese vuelco tan raro y repentino, me muero de ganas de verte casado... ¡Conque, quedamos uno y otro notificados, y á vivir! en el mismo mundo social andamos, y forzosamente hemos de tropezarnos; ¡cuidado con el encontronazo, amigo Pares!

La mano, al levantarla en ademán de amenaza, fulguró como una espada que se sacara de la vaina, y al mismo tiempo se puso de pie Adelaida.

—¿Me acompaña usted?—dijo graciosamente con afectada reverencia.

—¡Mujer perversa!, como dice tu amigo D. Gustavo, que bebe en tu copa y te saca á tiras el pellejo... ¡Mala mujer! ¿qué te propones?

De pie también, Rómulo, cerca de ella, la desafiaba. Causóle súbito terror la frialdad de que la otra hacía alarde y resistíase á marchar sin arrancarle la careta. Se la arrancaría, ¡vaya! separaríanse como enemigos francos y no solapados, ya que ella no se resignaba y no aceptaba su tibia amistad, que es la ceniza de estas hogueras.



Enemigos, ¡bueno! pero á cara descubierta, con armas á la vista.

— Dímelo, ¿qué te propones? si no te resignas, si no acatas lo inevitable, lo que había de ocurrir y debió ocurrir hace tiempo; si así como fui yo sucesor de otro, sin duelo ni funerales por el muerto, no me das á mí sucesor, sucesor inmediato, Gabinito, mi futuro cuñado, por ejemplo... Si no me entierras de este modo y me olvidas, ¿es que me quieres? ¿ó es que reservas tu venganza? habla, que el hielo de tu actitud me exaspera.

Adelaida dióle la respuesta alzando la voz y llamando:

— ¡Federico! ¡Federico!

— ¡Ah! — exclamó Rómulo, — ¡esto es lo que te propones: el escándalo!

Se escucharon las patadas del germano y su colosal silueta surgió, al cabo de larguísimo minuto, en la puerta del saloncito. Era el mastín que acude contento á la voz del amo; y así como el amo palmea el lomo del fiel compañero y le acaricia é incita,

Adelaida se abrazó al cuello de su marido con felina suavidad y coquetería, besó sus leonadas barbas, y señalando á Rómulo, inmóvil, le dijo quejosa y suplicante:

— Échale, rico mío; están todos borrachos, y no saben ya lo que se hacen. La han tomado esta noche, ¡y buena! ¡échale, rico, échale!